



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9322

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Estranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

SÁBADO 26 DE NOVIEMBRE DE 1892.

CONDICIONES.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Camartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

M.^{me} LEONIE BROUTIN, MODISTA DE SOMBREROS

Ha llegado á esta población con un magnifico y variado surtido de sombreros, su representante doña Pura Diaz, con quien podrán entenderse las señoras que necesiten sus servicios.

CALLE MAYOR 3, PRINCIPAL.

FUEGO Y CALOR.

COCINAS FRANCESAS con varios fogones, horno para asados y pastas. Depósito para agua caliente, forma artística y fundición esmerada.

CHIMENEAS de mármol de Italia y Macael, con puertas de corredera.

ESTUFAS Chauberski, varios tamaños y artístico decorado.

Exposición y venta, MUSEO COMERCIAL.—Puerta de Murcia.

A LOS QUINTOS LA VERDAD

Redención del servicio militar activo. Por 750 pesetas se juega la suerte redimiendo á los quintos que les toque servir en la Península ó en Ultramar.

Nada de sustitutos ni prófugos.

Todas las operaciones á metalico.

Para más informes, pidase al represenante en esta localidad

DON JOSÉ CARREÑO.

ECOS DE MADRID.

24 Noviembre 1892.

El asunto capital de la conversación en salones, gabinetes, casinos, cafés, calles y plazuelas, es la limpieza que está llevando á cabo en el Ayuntamiento de Madrid el nuevo alcalde que nos ha deparado la suerte.

Aquella escoba que Jiménez Delgado pedía con tanta necesidad funciona con tal habilidad y energía que casi casi podemos abrir el corazón á la esperanza.

Parece mentira que tantos sapos y culebras como salen á luz pudieran vivir á sus anchas en la casa de la villa.

El vecindario sospechaba que no se administraban bien sus intereses, pero no veía remedio para la enfermedad y se resignaba.

Los que sentían deseos de poner coto á los abusos, se veían sin apoyo y se retiraban descorazonados ó se lavaban las manos á cada instante.

El Marqués de Cubas ha resultado un carácter. Para él no hay vacilaciones ni temores; más aun, no hay amigos ni recomendados. La vara es en sus manos, la verdadera vara de la ley; y su ejemplo dando aliento á los vecinos de Madrid y deseos de ayudarle en su obra reparadora á los que se entregaban á continuas abluciones, van á conseguir que las raíces del mal desaparezcan.

¡Qué de cosas nos revelan todos los días los periódicos! Esos inspectores, ideales para inspeccionar, de carne y hueso para cobrar la nómina; esas corruptelas, esos abusos, devoraban lo más granado del presupuesto municipal.

Con lo que ha averiguado el Marqués de Cubas, y con las transgresiones de la ley que han descubierto el subsecretario de Gobernación

y el secretario del Gobierno civil, basta para probar cuán razonadas y legítimas eran las quejas del vecindario y con cuánto fundamento denunciaban todos los días los periódicos actos y resoluciones verdaderamente censurables.

Pero lo que yo quiero comunicar á los lectores es el entusiasmo con que los madrileños siguen esa campaña de moralización que ha emprendido el Alcalde.

Las señoras son las que más aplausos le tributan y esperan que no sólo dejará el Municipio como una taza de plata, sino que hará cumplir las ordenanzas, examinará y perfeccionará todos los servicios que está llamado á vigilar el Ayuntamiento y pondrá á raya á los proveedores de artículos de primera necesidad que con las faltas en el peso y las adulteraciones que cometen amparados por vistas gordas que ellos se proporcionan, contribuyen á hacer la vida en la Corte cara y peligrosa.

Una atmósfera de simpatía rodea al Marqués de Cubas; no hay quien no desee prestarle su apoyo y cooperación; los intereses políticos callan y sólo habla el ansia de honradez que dormía en el fondo de las conciencias, pero que se ha despertado activo, batallador, poderoso.

No falta quien sospeché que al fin y al cabo la resistencia pasiva, la fuerza de la tradición, acaben con la entereza del nuevo alcalde.

Sería sensible y entonces si que habría que desahuciar por completo al enfermo.

La campaña municipal triunfante, quizás serviría de estímulo para otra campaña no menos indispensable: la política. Porque todo el mundo sabe lo que hacen los frailes cuando el guardián juega á los naipes.

De todos modos el Marqués de Cubas si no desmaya, vencedor ó vencido, será objeto de la admiración y el aprecio de todas las clases sociales, y esta gloria es la que más satisfacciones ofrece á los hombres honrados.

Desde el día 20 se ha operado un cambio completo en el aspecto de Madrid. Los forasteros han desaparecido como por encanto, y falta la animación que reinaba en todas partes.

Los teatros también se resienten, y las Exposiciones á pesar de sus grandes atractivos se ven poco concurridas.

Los cuarenta días de fiestas, ó mejor dicho de pretexto para holgar, nos han dejado vendidos. Pero muy pronto renacerá la animación con las festividades del mes de Diciembre, con la apertura de las Cortes, ya con el desenlace del drama que entraña la cuestión municipal.

Un suceso ha venido á demostrar que es peligroso utilizar los coches que es peligroso utilizar los coches de alquiler. Por lo menos hay que examinar bien la cara del cochero para observar si pertenece en el orden mitológico á la clase que preside Cupido ó á la que capitanea Mercurio.

Una señora y una niña tomaron un coche y con sorpresa notaron

que el cochero no se dirigía al sitio que le designaron. Le advirtieron, y nada: gritaron y tampoco hizo caso. Las condujo á un extremo de Madrid y allí la intervención de un guardia de orden público impidió por fortuna que se descubriesen los planes del automegote.

De todos modos este caso dudoso debía poner en guardia á las señoras guapas ó poseedoras de repleto portamonedas.

JULIO NOMBELA.

POR NUESTROS FUEROS.

VIII

Extrañarán muchos que en estos artículos no haya hablado antes que de nadie de D.^a Emilia Pardo Bazán, aunque sólo sea por las prerrogativas del sexo. Pero yo soy de los que creen que en el arte no hay sexos; y aunque, al hablar de autores españoles, no he seguido orden alguno fundado en la categoría del mérito literario, no creí justo ni prudente anteponer á Valera, Galdós y Clarín á la ilustre escritora gallega.

Claro es que yo le reconozco implícitamente méritos suficientes á esta señora, cuando voy á ocuparme de ella en un trabajo en que por su índole especial no puede tratarse sino de buenos autores españoles; pero tiene tantos peros esta señora, que he de comenzar por impugnarla, por hablar de los peros apuntados, para que venga lo dulce detrás de lo amargo.

La vanidad crea el ruido. La vanidad es lo que le ha llevado á sustituir su estilo atildado, lleno de colorido y de armonía, de otros tiempos, por el hinchado, rebuscado y salpicado de neologismos que emplea ahora; su vanidad es la causa de que, tras de haber alcanzado honrosa fama con novelas como *Los pazos de Ulloa*, *Pascual López* y *La Tribuna*, haya venido á parar en escribir novelas tan sumamente malas en todos sentidos como *Insolación*, *Una cristiana* y otras que no quiero citar; su vanidad es la que le mueve á hablar de cosas que no entiende, ni puede entender una señora de su linaje y su educación; su vanidad es la que le obliga á dar tropiezo tras tropiezo en la crítica literaria, después de una obra de estudio tan bonita y acabada como *La cuestión palpitante*.

Doña Emilia Pardo se ha echado á perder: esto dicen muchos. Yo no diré precisamente que ella sola se haya echado á perder, sino que la han echado á perder entre muchos (y no es Clarín el menos culpable) ayudándose de las pretensiones exageradas de esa señora.

¿Quién metió á D.^a Emilia á crítica enciclopédica (que así parece pretenderlo con su «Nuevo teatro crítico»)? ¿No sabe D.^a Emilia que Feijóo era casi un sabio en todas las materias de que trata, relativamente á la cultura general de su tiempo? ¿No sabe D.^a Emilia que si Feijóo volviese á nacer, sabiendo lo que sabía, no podría hacer ahora «El teatro crítico», por la mayor ilustración general que hemos alcanzado? ¿Y no sabe por último D.^a Emilia que ella sabe hoy menos que Feijóo sabía en su época, y que es sólo resultado de un amor propio exagerado y poco práctico el meterse hoy en honduras á que se guardaría muy bien de acercarse Feijóo, que tenía más talento que la Sra. Bazán?

Tenemos además en España un idioma rico, elegante, en el que escribe Valera por ejemplo, que se conoce á fondo, de un modo habilitado que nadie ha igualado todavía. Pues D.^a Emilia se ha metido á reformista de ese mismo idioma, ignorando que los idiomas no los reforma, no digo D.^a Emilia Pardo, sino

el hombre de más talento y sabio en filología, como Muller, ó Smith, pongo por caso. Lo que resulta es que D.^a Emilia emplea en sus escritos un lenguaje especial suyo, que nadie entiende, y con el que ella misma no sabe muchas veces lo que quiere decir. Adjetiva sin necesidad sustantivos inadjetivables, para decir lo que se puede decir más elegantemente y sin falsificar el castellano legítimo. Falsifica palabras que por su etimología, no pueden expresarse lo que quiere D.^a Emilia que expresen, habiendo en el idioma español vocablos muy sonoros y castizos que pudieran decirlo mismo. Toma para argumento de sus novelas cualquier acontecimiento vulgar que le han contado, y que no sirve para una novela buena, ni mediana, creyendo sin duda que, por ser ella naturalista, puede legitimamente fundar novelas en cualquier suceso real, aunque no sirva para el arte.

Después de burlarse de un modo irritante de los novelistas que hablan de la aristocracia, sin conocerla de cerca, escribe una novela, *Insolación*, en que nos presenta una aristócrata de pura sangre, obrando como una *fornica* vulgar. (Esto de *fornica* es de D.^a Emilia, que quiso decir con el vocablo una prostituta, aunque es otra cosa lo que dijo, con permiso de su sabiduría latina sea dicho.) Podrá haber aristócratas así, no lo dudo; pero confiese D.^a Emilia que la aristocracia legítima, en general, por perversa que esté, por mucha podredumbre que tenga en el alma, obra de una manera distinta, sabe cubrir mejor las apariencias y adornar el vicio con oropeles y abalorios, deslumbradores de que no puede disponer la gente vulgar. Que viene á probar, hablando claro, que D.^a Emilia, condesa, rica y aristocrática, cayó en mayor anacronismo y mayor falsedad que puedan hacerlo autores, como Palaciós Valdés, que por su posición, género de vida y otras condiciones sociales, vive materialmente alejado de la aristocracia y no puede hablar de ella sino de oídas.

Si siguiendo en su manía naturalista, se metió una vez la Bazán á escritora indocumentaria, siguió en las huellas de doña María del Pilar Sinués de Marco y de todas esas Isabelas, Adriánas y Adelinas que firman diariamente los artículos de modas. Calculen ustedes la relación que hay entre un literato de verdad y un articulista que no habla más que de vestidos y mantelitas, es decir, casi un modisto teórico. Esta fue otra caída de la señora Pardo.

Más peros hubiere podido oponer á la fama de la autora de *Morrúa*, pero no me queda espacio, y aun me veo obligado á dejar para mañana el hablar de los méritos justos y reales de esta señora, que no son pocos, á pesar de todos los reparos expuestos en este artículo.

MANUEL BIELSA.

Cartagena 25 Noviembre 1892.

COLABORACION INEDITA.

CAMINO DE MÁLAGA.

DIBUJOS DE OILLA.—FOTOGRAFADOS DE LAPORTA.

Todavía no contaba yo los catorce cumplidos, y ni por casualidad habían visto mis ojos un alfabeto, cuando ya sabía leer de corrido en varias cosas; por ejemplo, en las hojas de un árbol, en la página móvil de una fuente, en el brillante fondo de un crepúsculo.

¡Qué educación tan extraña á la que me tocó en suerte! Aprendí administración de las hormigas; anatomía desollando, con evidente crueldad, las lagartijas; historia natural admirando el vestido de los insectos. astronomía, mirando las musarañas; náutica cruzando á nado grandes distancias del mar que

rompe en mi país; antropología visitando las grutas en persecución de las águilas; música, oyendo los aguaceros; escultura, buscando parecidos á los seres reales en las líneas de las rocas; color; en la luz; poesía, en toda la naturaleza!

Efecto de una perpetua soledad enfrente de árboles, ríos, mares y montañas, llegué á tener amores á los catorce años con todas las mariposas que deslumbraban mis ojos, con todas las fuertes que daban de balde su música; y con todas las lejanías del cielo que se tenían de púrpura para morir.

Pues bien; en estas condiciones yo tenía un burro.



Un burro retozón, inquieto, vivo, flexible de cuerpo y de voluntad. Conocía yo á maravilla sus gustos, que eran no trabajar y andar de cañada en cañada tras de los buenos y abundantes pastos. No he conocido á una sola persona que no tenga los mismos gustos del burro, si se sustituye lo de pasto por el plato de cada día.

Cuando de un salto me montaba sobre los corripases más firmes que me quedaban; iba orgulloso de mí como un gran elefante que condujera sobre el enorme dorso una carga de riquezas. Yo le buscaba yerba, le llevaba á abreviar en las pozas más claras, lo guarecía en verano del sol metiéndolo bajo las higueras cargadas de cigarras, lo solevaba en invierno buscándole los sitios abrigados del aire.

El excitante de un terrón de azúcar, de un pedazo de pan, de un manojito de saludables espigas, le hacían acudir á mi llamamiento y hasta lamerme las manos. Con este trato compasivo, el burro brillaba como una joya; su pelo era, de seda; su agilidad, extremada, su entendimiento, casi humano, pues había aprendido á sor trapacerío, ladrón, malicioso, y más cosas propias de nuestra especie; me tenía agradecimiento, pero no respeto, y de ahí que me jugase muchas malas pasadas. Mi rocín era el más notable de todos los rocines del pueblo.

Pues esta alhaja en clase de burros, este mimado animal, llegó un día en que en mi casa, en mi pobre casa, hubo necesidad de venderlo. ¡Qué tristes se quedaron los campos sin su rebuzno! sin sus carreras, sin sus juegos desahucados y locos! Yo no sabía qué hacerme durante los primeros días en la soledad de mis montañas sin aquel bruto á quien cuidar y á quien cojer los más frescos baces de yerbas. ¿Dónde había ido á parar? Ni siquiera quise averiguar quién adquirió aquella bestia criada por mí en las praderas verdes y hermosas. ¡Pobre Carretón!

Pasó el tiempo. Mi padre decidió echarme á arriero, desahucando de mí zarme á esa vida trabajosa y horrible del hombre en lucha con la bestia con las pobreza y con las necesidades de un mundo.

—Prepárate, porque te echarán á la carretera esta noche—dijo mi padre;—y yo me quedé reflexionando en que yo necesitaba aprobar muchas asignaturas para comprar una bestia, y para conseguir los tercios de cajas de queso, llevarme la vara en el cinto, y decir: ¡carretero!